



ANTES DE QUE SEA DEMASIADO TARDE

Nuevos maestros
para una pedagogía ética biocultural



Amanda Céspedes*

* Amanda Céspedes; Médico Neuropsiquiatra Infantil U. De Chile. Postgrado U. Degli Studi de Turín, Italia. Desarrolla y promueve el conocimiento del cerebro infantil aplicado a la educación. Escritora.

ANTES DE QUE SEA DEMASIADO TARDE

Nuevos maestros para una pedagogía ética biocultural

A las devastadoras consecuencias que el cambio climático mundial está provocando en Chile: sequías, desertificación, enormes incendios forestales, olas de calor mortales, aumento en el nivel del mar, erosión costera y una intensidad cada vez mayor de eventos extremos, el relator especial de la ONU sobre las garantías fundamentales y el medio ambiente David Boyd agregó recientemente la serie de crisis ambientales de larga data que están violando derechos fundamentales, como la existencia de las llamadas zonas de sacrificio, donde las comunidades marginadas y vulnerables sufren la exposición a sustancias tóxicas, la degradación ambiental, la escasez de agua entre otras injusticias ambientales, las cuales las leyes y normativas ambientales no han enfrentado con verdadero compromiso. Estas injusticias sociales afectan principalmente a los niños y a los pueblos originarios.

¿De qué manera sería posible lograr un real compromiso de quienes están encargados de las leyes ambientales? Creemos que la manera más efectiva es comenzar desde ya una educación ambiental temprana en los hogares, jardines infantiles y escuelas a lo largo de Chile, aprovechando que la primera y la segunda infancia muestran una genuina y potente apertura al Misterio de la creación. Este compromiso no es un fenómeno meramente cognitivo racional; se relaciona más bien con la dimensión espiritual, tan palpante en los niños pequeños. Afirma Leonardo Boff que el ser humano precisa con urgencia retornar de su exilio, despertar de su alienación y retornar a la casa que había abandonado, retomando esa relación personal con el planeta. Esta afirmación es válida para el adulto, enceguecido por el afán de explotación, pero no se aplica al niño; este no requiere regresar; no ha abandonado esa relación profunda con su planeta, una relación que

se alimenta de asombro y de veneración; solo que más temprano que tarde es empujado por el mundo adulto a emigrar hacia la racionalidad depredadora. El niño pequeño, por lo tanto, es el único que puede dar impulso a una transformación planetaria sustentada en el compromiso y la benevolencia para con una Tierra tan sistemáticamente vulnerada. Entonces se trata de un nuevo desafío pedagógico: conservar en cada niño pequeño la convicción de la unidad entre todos los seres vivos, que parte de considerar que cada ser humano es uno solo con el planeta, el cual es un ser vivo, no un conglomerado inerte de agua y tierra sobre el cual existe la vida; es un organismo palpitante de complejidad y belleza y profundamente vulnerable, que forma parte de otro organismo aún mayor e igualmente vivo: el cosmos. En palabras de Boff citando al ministro bautista Michael Dowd: “cuando un astrónomo dirige el telescopio hacia las estrellas, es el universo el que se observa a sí mismo”. El desafío pedagógico consiste entonces en conservar y enriquecer tempranamente en cada niño la capacidad de sentir la suprema belleza del planeta para llevar adelante su misión de salvaguardar su Misterio, tarea compartida con los pueblos originarios. Que en cada niño palpite un Ricardo Rozzi, biólogo ambiental chileno, pionero de la ética biocultural.

En palabras simples, el desafío pedagógico para la lucha contra la injusticia ambiental radica en que los adultos se dispongan a aprender de los niños en materia de ética biocultural. Ellos tienen mucho que enseñarnos. Miremos con atención sus ojos asombrados frente al misterio de las montañas, el cielo, las nubes, la lluvia, las estrellas, la luna, las flores, los animales... Y todavía no son consumidos por la ambición depredadora, solo por la pasión del encantamiento ante tan colosal belleza. En palabras de C. Jung, los niños salen de su pequeño cuerpo para extenderse y experimentarse uno con lo que les circunda. Y lo hacen a través de una espontánea experiencia de sacralidad. Es una vivencia profundamente espiritual, que el adulto extravió en algún momento.

Es precisamente en esa vivencia espiritual donde comienza el compromiso.